

FRANCISCO ORTEGA

# CATRALA

minotauro



*A Bram Stoker y Mary Shelley,  
que lo iniciaron todo.*

*... Y a Magdalena Petit y Gustavo Frías,  
que continuaron el camino.*



Usted vive en la gracia de Dios...  
yo, en cambio vivo en la gracia del otro...  
Dígame si no tengo razón, si es justo  
que un ángel lo habite, y a mí un demonio.  
Usted ignora el placer del mal.

MAGDALENA PETIT

No vive. No muere. Permanece. Es un no-muerto,  
una criatura atrapada entre mundos,  
condenada a arrastrar la eternidad.

BRAM STOKER



*Miércoles 6 de noviembre de 1647*

**E**stando aquellos dientes amarillos listos a profanarme, cuando la muerte se aprestaba a montarme en su insolente fetidez, un milagro descendió hasta mí...

No recuerdo por gusto. Recuerdo porque, de no hacerlo, el horror encontrará la manera de inventarme. Y, peor aún, de borrarame. La memoria, esa bestia que vuelve, olfatea, se mete bajo la piel y muerde, carece de piedad y yo voy a aprovecharme de su inmisericordia.

Aquella tarde el cielo se vestía de rojo. No con el carmín noble del ocaso, sino con un color sucio, de entraña expuesta, como si las heces del infierno hubiesen sido aventadas al aire para cubrir las calles. La luz, al atravesar aquella nube, parecía sangre vieja filtrada por un paño: una claridad deformada que se derramaba sobre muros partidos, vigas quebradas, y piedras con costras de polvo, carne y moho. Santiago del Nuevo Extremo, desde mayo, ya no era una ciudad, era un cadáver abierto...

El terremoto, aquella mano que no se ve, ese puño de Dios o de Satán, partió la capital como se parte un pan. Dicen que duró siete minutos y medio; yo creo que duró hasta ahora. Las réplicas siguen ahí: cadencia eterna de ruidos subterráneos, como si alguien arrastrara cadenas bajo la tierra. Y cuando el viento sopla desde la cordillera, trae un aliento agrio, caliente, que quema los ojos y hace

toser hasta al más fuerte. El vapor nace de las grietas; el cataclismo las abrió y no piensa cerrarlas. Santiago tiene la garganta desgarrada y por ella exhala el propio aire del averno.

Yo nací para alfombras limpias, para vajillas de plata, para la sombra fresca de los corredores y el perfume de las flores. Mi mundo debía ser el de los mantos finos, las conversaciones medidas, las visitas con té y vino, el rumor de la música tras una puerta. Y, sin embargo, aquella tarde del milagro caminé sobre cadáveres. Pisé huesos. Sentí bajo mis botas el crujido de algo que no era piedra ni madera, sino un resto humano seco. No rememoro para estremecer; rememoro porque creía saber lo que era el miedo hasta que el miedo se acercó para olfatearme.

El olor...

No existe palabra decente para describirlo. No es solo hedor. Es una presencia. Se pega al paladar y no se va. Entra por la nariz, baja a la garganta y se instala en el estómago como un gato acomodado. Huele a carne abierta, a pus, a heces, a orina rancia, a sótano mojado, a humo de basural, a pelo quemado. Huele a enfermedad, a hambre, a la idea de que el mundo puede terminar sin ceremonia, sin campanas, sin juicio final.

Por eso fuimos. Por eso nos atrevimos.

La Encantada, mi casa y mi refugio, está muy lejos de Santiago y aun así el horror avanza como agua negra. Los rumores corren más rápido que las pestes: dicen que la metrópoli fue clausurada, que ningún alma debe entrar o salir. Dicen que quienes intentan escapar reciben bala sin confesión. Dicen que allá en el virreinato discuten quemar lo poco que queda, borrar la mancha, trasladar la capital al norte, hacia Quillota, donde el aire parece más limpio y la tierra menos rabiosa. Dicen tantas cosas que una ya no sabe si oye noticias o plegarias malditas.

Y, sin embargo, un asunto era cierto: el Cristo de la Agonía seguía en pie, colgado de un muro que resistió como si la cal fuera más dura que la montaña. La corona, caída al cuello, milagro dentro del desastre, hizo de la imagen el símbolo que todos necesitaban.

Los sobrevivientes se aferraron a Él como náufragos a una tabla. Lo sacaron en procesión, lloraron, se golpearon el pecho, rogaron que la tierra no volviera a abrirse. Algunos juraban que si la corona subía, temblaría de nuevo. Por miedo, por fe o por superstición, la dejaron donde cayó.

Y entonces ese Cristo se volvió más que Cristo: se volvió un trato.

Pero la locura pronto se impuso a la devoción. Los enajenados y los tifosos dieron muerte a los fieles y se volvieron contra el nazareno de naranjo. Querían destruirlo, reducirlo a cenizas, mancillarlo. Yo no podía dejarlo solo, no podía abandonarlo.

Así emprendimos el camino para rescatar a Dios.

Iban conmigo Rufina, mi criada, india del Aconcagua, pequeña y dura como un palo de quillay. Su silencio es navaja. Sus ojos, negros, miran más allá de lo visible, como si en cada sombra leyera un aviso. Catano, negro esclavo, alto, de hombros anchos, la espalda marcada por años de trabajo y obediencia. En sus manos, un martillo pesa como juguete. Y Neñey, mi capataz picunche, de rostro cerrado, de esos hombres que no desperdician palabras porque las reservan para cuando la muerte se acerca.

Nos cubrimos con mantas de paño basto, capuchas bajas para ocultar el rostro. No queríamos ser reconocidos. La fama es un estoque; en tiempos de peste. El calor, bajo esas telas, se volvió castigo. El sudor nos corría por el cuello, bajaba entre los omóplatos, empapaba la ropa. La manta olía a lana y a terror, a polvo y ceniza.

Entramos por calles que antes solo conocía desde la calesa. Ahora corrían en ruinas. Las casas, donde antaño sonaban risas y platos, tenían las tripas afuera: vigas cruzadas a manera de costillas, puertas arrancadas, paredes caídas que dejaban ver dormitorios convertidos en osarios. En un patio, divisé un catre volcado con una mano asomando por debajo, rígida, negra por las moscas. En una esquina, un espejo partido reflejaba el cielo rojo y parecía que la ciudad se miraba en él para comprobar su propia monstruosidad.

Los perros. Siempre los perros. Formaban jaurías, flacos, con espinas marcadas, el pelo a manchones. No ladraban: gruñían. Ya

no buscaban sobras; buscaban carne. Los vi disputarse un cadáver de niño como si se tratara de un conejo. Uno tiraba del brazo, otro del muslo, y el cuerpo se abrió con un sonido húmedo, espantoso, cual tela mojada rasgándose. Me llevé la mano a la boca para no vomitar. El vómito habría sido un lujo: aquí todo se mezcla con todo y termina en el mismo lodo.

Más adelante, bajo un muro, un anciano enajenado mordía una pierna humana. No un quiltro: un hombre o una mujer, tal vez. Tenía la barba llena de sangre seca. Los ojos, desorbitados, oteaban el vacío con la paz de quien se ha rendido al instinto. Al verme, sonrió. Fue la sonrisa más horrible que he visto: no parecía amenaza, sino invitación.

Rufina me tiró del manto, urgente, sin hablar. Neñey alzó una mano, señalando. Dos soldados a lo lejos, en el cruce de Juan de Peña con Alguacil Mayor, vigilaban con arcabuces. La clausura no era rumor: era hecho. Nos escondimos tras lo que quedaba de un enladrillado, aguardando a que se alejaran. Escuché una orden, un disparo, un grito breve. No vi el cuerpo caer, pero escuché cómo el sonido se apagó. En Santiago del Nuevo Extremo hasta los gritos mueren rápido.

Seguimos.

Las grietas rasgaban calles y manzanas en dirección a la cañada de San Francisco. Algunas eran finas como venas; otras, profundas, capaces de tragarse una yunta. De ellas rezumaba un vapor tibio que olía a huevo podrido. Tosí de asco. Me ardieron los ojos. Sentí que el aire me raspaba por dentro. El negro escupió al suelo y murmuró una oración. El indio, sin persignarse, apretó los dientes.

Llegamos al templo de los agustinos cuando la tarde comenzaba a torcerse hacia la oscuridad. El cielo rojo se filtraba por huecos donde antes emergían bóvedas. Los muros de la iglesia partidos, como si un gigante los hubiera golpeado con una maza. Y, sin embargo, la cruz seguía ahí. Y Él, colgado en aquel muro, resistía.

El Señor de la Agonía. Sus ojos de madera, tallados en dolor, miraban por encima de nosotros, hacia un punto que ninguno

podía ver. La corona, caída al cuello, parecía un lazo de espinas que lo estrangulaba. Ese detalle, tan mínimo, tan extraño, hacía que la imagen pareciera más humana, más vulnerable y a la vez más amenazante. Un Cristo al que le han movido la corona y el mundo entero tiembla por ello... ¿Qué clase de símbolo era ese? ¿Qué clase de pacto se forja con una figura que no permite ser corregida?

Catano y Neñey se pusieron manos a la obra. Sacaron herramientas: un martillo, una barra, un hierro para hacer palanca. El sonido del metal contra el clavo me golpeó cual campana. Cada golpe resonaba en los restos del templo y parecía llamar a alguien. Rufina se mantuvo a unos pasos, cuchillo en mano, el cuerpo tenso, escrutando hacia las calles abiertas. «No mire», pronunció en voz baja, pero yo lo hice. No pude evitarlo.

Bajo el muro, entre escombros y ladrillos, yacían cuerpos hinchados. Algunos estaban negros por el sol, otros blancos por la humedad, otros verdes, como fruta podrida. Las moscas formaban una nube que vibraba sin ruido. En una esquina, un hombre muerto tenía la boca abierta en un grito perpetuo. Le faltaban los ojos. No supe si se los comieron los jotes, los perros o los apestados.

El indio sudaba, el negro respiraba fuerte. El clavo no cedía. El Cristo parecía resistirse. Sentí una punzada de impaciencia, un deseo casi irracional de arrancarlo y correr, como si de ello dependiera mi vida.

El silencio cambió así como cuando el aire se espesa en la previa a una tormenta. Rufina alzó el cuchillo un poco más. Vigiló hacia una calle lateral y luego hacia otra. Sus ojos se estrecharon.

Los vi entonces.

Venían de entre las ruinas. Tambaleándose, arrastrando los pies, chocando unos con otros. La piel les colgaba en jirones. Enseñaban llagas abiertas, supurantes, y costras tan gruesas que parecían corteza. Sus labios estaban partidos. Las encías, hinchadas de pura malevolencia. Los dientes, amarillos, largos, quebrados en puntas que recordaban a cuchillos mal afilados. Algunos llevaban vendas sucias, pegadas a la carne como si hubieran crecido allí. Otros

mostraban dedos sin uñas, o uñas negras, quebradas, pero todas capaces de rasgar.

Portaban navajas. Hierros. Vidrios. Piedras. Trozos de teja. Un hombre alzaba una hoz pequeña. Una mujer llevaba un alfiler largo, de esos que se usan para el pelo, ahora convertido en estilete.

No hablaban como gente. Emitían un murmullo, una queja, un zumbido de hambre. Vi en sus ojos algo peor que rabia: apetito. No solo de comida... apetito de tocar, de manchar, de arrastrar a otros a su misma condición.

Nos rodearon.

Rufina dio un paso adelante, como si quisiera interponerse. Catano giró con el martillo en alto. Neñey blandió la barra a modo de lanza. Yo quise gritar, pero la voz se quedó en mi garganta.

El primer apestado se lanzó sobre Catano con una velocidad que no parecía posible en ese cuerpo enfermo. El negro alcanzó a golpearlo en la cabeza. El cráneo sonó hueco, como calabaza. El hombre cayó, pero no por ello el círculo se rompió. Los otros se abalanzaron, y entonces vi lo inimaginado: manos humanas moviéndose como ganchos, bocas buscando carne como si fueran hocicos.

Mi esclavo logró dar dos golpes más antes de que lo atraparan. Uno le mordió el antebrazo; otro le clavó un cuchillo en el costado. Vi la hoja entrar y salir, tal como si el cuerpo fuera un saco de harina. Catano intentó gritar, pero un tercero le agarró la cara, metiéndole dedos sucios en la boca, forzándolo a morder. Luego lo rajaron desde el vientre. No con un tajo limpio, sino con torpeza, con saña. La carne se abrió como se abre una bolsa mojada. Las tripas se derramaron al suelo, brillantes, calientes, vivas. Un hombre se arrodilló y metió la cara allí para lamer y sorbetear. Ese sonido... la succión... lo oigo aún.

Neñey se defendió como pudo. Lo vi golpear a uno con el hierro, romperle un hombro. Un segundo cayó, pero los demás se le subieron encima. Los cuchillos brillaron un instante bajo la luz roja. Vi sangre. Vi piel. Vi una mano separarse de un brazo. Vi al

capataz caer de rodillas. Vi su boca abrirse sin sonido, como si su alma saliera y no encontrara aire.

Rufina me miró una vez final. No me dijo nada. Sus ojos, negros, emitían una súplica sin palabras. Luego una mujer enferma se le colgó del cuello. Rufina apuñaló, pero la hoja se atascó en costras y carne blanda. Otros dos se le echaron encima. La vi desaparecer bajo un montón de cuerpos, tragada por el suelo.

Supe que venía mi turno.

Corrí.

No corrí como dama, corrí como animal. Sentí el manto pesar, pegado al cuerpo por el sudor. Tropecé con un cadáver y casi caí de bruces. Mis manos tocaron el suelo, un barro tibio y pegajoso. Me levanté con la boca llena de aire agrio. Vi, de reojo, a un perro mordiéndole la cara a un muerto. Sus quijadas chasquearon. Esa imagen se mezcló con todo lo demás como tinta en agua.

Me dirigí al único sitio que, en mi delirio, pareció refugio: la base de la cruz. El Cristo sobre mí, alto, quieto, como si no le importara nada. Y, sin embargo, yo sentí su peso como si fuera mirada.

Me arrodillé. Me metí bajo el madero, como cría de gato que se esconde bajo la mesa durante un trueno. Apreté la manta contra mi cara, clamando al cielo ser invisible. El olor me golpeó de nuevo, más fuerte, porque ya no era el olor de la ciudad: era el olor de ellos, de los apestados, de su piel abierta, de su fiebre. Caldo rancio, leche cortada y sangre. Agua estancada y cementerio.

Me encontraron.

Una mano me agarró del tobillo. Otra me tiró de la manta. Sentí uñas en mi cuello, manoseos apretando por encima de la tela con una curiosidad cruel, como quien prueba la consistencia de una fruta antes de comerla. Me arrancaron la capucha. Vi sus rostros encima: bocas abiertas, muelas amarillas, saliva espesa. Vi un ojo blanquecino, sin pupila. Vi una lengua con grietas. Vi costras que se rompían y dejaban salir pus.

Mis ropas se rasgaron. Sentí el frío súbito sobre la piel sudada. Sentí tactos verrugosos entrar donde no debían. Sentí que

intentaban mancillar mi condición, mi blancura, mi nombre, mi diferencia. Querían dejarme marcada con su suciedad. Querían convertirme en parte de ellos. El odio no siempre tiene palabras, a veces tiene pulgares.

Quise rezar, pero la oración se rompió en mi garganta. Quise gritar, pero un dedo se me metió en la boca, arañándome las encías. Saboreé tierra, enfermedad y sangre. Me mordí para no ahogarme. El dolor me trajo un instante de lucidez: supe que me iban a comer o a usar y luego a comer. Supe que mi final sería sucio, sin dignidad, sin tumba, sin nombre.

Y entonces...

La madera crujió.

No fue un crujido como de techo viejo. Fue un gemido profundo, como si el madero tuviera costillas. Sentí vibrar la cruz. La sombra del Cristo se alargó sobre los cuerpos y, por un segundo, los apestados se detuvieron, desconcertados. Miraron hacia arriba con la misma expresión con que un animal observa el fuego.

El crucificado descendió.

No caminó como hombre, pero se movió. Bajó de la cruz como guardián antiguo, como si la madera hubiese recordado su propósito. Cayó con peso, levantando polvo y astillas. Se interpuso entre ellos y yo. La corona en el cuello, ese lazo de espinas, parecía ahora un signo de guerra.

Los enfermos retrocedieron. Unos chillaron. Otros se taparon el rostro como si una luz invisible los quemara. El murmullo se convirtió en un aullido colectivo. El aire se tensó. Yo, bajo esa sombra, respiré por primera vez sin vomitar.

No sé qué vi con exactitud. No sé si mis ojos, turbados por el horror, inventaron movimiento donde solo hubo caída. No sé si el infierno que cubre el cielo me mostró milagro donde solo hubo derrumbe. Pero sé lo que sentí: una presencia. Un amparo. Una elección.

El Señor de la Agonía me guardó.